

Tan culpable codicia abrió al demonio la entrada de su corazón; apoderóse de él el espíritu infernal, y Judas salió, se dirigió á Jerusalem, y se presentó á los príncipes de los sacerdotes y á los magistrados para ponerse con ellos de acuerdo sobre los medios de entregarles á su Maestro. ¿Cuánto quereis darme, les dijo, y os le entregaré? La proposición de Judas no era creíble, y parecía espantosa en una persona de su carácter; pero los interesados no arriesgaban nada en acceder, y la recibieron con grandes demostraciones de alegría. Te daremos, respondieron, treinta monedas de plata. La cantidad era muy módica; era el precio justo que, según la ley, se daba por la vida de un esclavo. Judas accedió, y volvió á Betania poseído de su demonio, pero tan tranquilo en la apariencia como si nada tuviera que acusarse. Sin embargo ya no pensaba más que en llevar á cabo su traición; y para que el buen éxito no se frustrase, espiaba el momento en que alejado Jesús del pueblo, que le honraba como el enviado de Dios, estuviera sin defensa contra sus enemigos.

El Maestro y los discípulos pasaron juntos la mayor parte del día sin que el Salvador, que veía á su lado un miserable coligado contra él con la Sinagoga, pareciese concebir la menor sospecha de su punible intriga, ó que el traidor se manifestase embarazado en la presencia de un Señor vendido á precio vil, cuya divina inteligencia conocía, y cuya justicia debía temer. Mas ¡ay! cuando se perpetraran los enormes crímenes con tal audacia, ¿qué punto sensible queda abierto á la gracia del arrepentimiento?

Oración.

Dios mío, que sois todo amor, gracias os doy por habernos enviado un Salvador cuya tierna compasión para con los pecadores le hacía verter lágrimas sobre la ingrata Jerusalem que pronto debía condenarle á muerte. Dadme la gracia de que yo mismo lllore sobre mis pecados.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero que todas mis acciones sean hechas con gran pureza de intención.

LECCION XI.

VIDA PÚBLICA DEL MESÍAS. — AÑO TERCERO.

Fiesta de Pascua. — Jesús come el cordero pascual. — Anuncia la traición de Judas. — Instrucción sobre la humildad. — Jesús lava los pies á los Apóstoles. — Instituye la Eucaristía. — Salida de Judas. — Despedida del Salvador. — Va al huerto de los Olivos.

El Salvador había cumplido pródigamente durante tres años de correrías evangélicas en Judea, en Samaria y en Galilea, y en todos los puntos del antiguo dominio del pueblo escogido, lo que debía á los hijos de Jacob en su cualidad de doctor especialmente enviado para prepararlos al reino de Dios, y habían terminado sus predicaciones públicas: el fin del mundo faé su postrera profecía, y su última lección la caridad.

Pero si Jesús era en particular, y para un tiempo dado solamente, el Pastor de las ovejas extraviadas de la casa de Israel, ó el Apóstol de la Palestina, era para siempre y sin distinción el Mesías de todos los pueblos, la víctima del mundo entero y el Salvador de todos los hombres. Bajo este concepto debía morir para alcanzarles á todos por medio de la efusión de su divina sangre las gracias de la salud y la gloria de la adopción. Dos días faltaban tan solo para que todo quedara consumado.

Judas, que durante la noche había vendido á su Maestro, volvió á su lado al día siguiente por la mañana buscando la ocasión de entregarlo. La fiesta de Pascua principiaba en Jerusalem á las tres de la tarde, y era para todo el pueblo el primer día de los ázimos. Los sacerdotes estaban ocupados desde aquella hora hasta ponerse el sol en matar y desollar, en el recinto de la casa de Dios, los corderos que cada familia debía ir á tomar para comerlos en el tiempo señalado por la ley. Los discípulos se dirigieron, pues, al Salvador, y le dijeron: ¿Dónde quereis que vayamos á hacer los preparativos para comer la Pascua? Id, dijo á Pedro y á Juan, á prepararnos la Pascua para que la comamos. Pero, Señor, le dijeron, ¿dónde quereis que la preparemos? Id á la ciudad, les dijo, y luego que

entreis hallaréis un hombre llevando un cántaro de agua. Seguidle hasta la casa donde entre, y decid al padre de familia de esta casa: El Maestro dice: Mi tiempo está cerca: he escogido tu casa para celebrar la Pascua con mis discípulos; enseñanos el lugar donde podré comerla con ellos. Y os enseñará una gran sala amueblada, y haréis en ella los preparativos.

Solamente un Hombre-Dios, dueño de los corazones y enterado de lo por venir, lo mismo que de lo presente, podía dar semejantes mandatos y tales seguridades. Los discípulos fueron á la ciudad, y encontraron las cosas segun les habia dicho el Salvador, y teniendo seguro un aposento, los dos enviados no pensaron mas que en terminar los preparativos. Estos consistian en proporcionarse un cordero pascual, lechuga, panes ázimos y vino, y en asar el cordero; y todo estuvo dispuesto cuando el Salvador llegó acompañado del resto de sus Apóstoles.

Serian cerca de las siete de la tarde, pues la ley mandaba que se diese principio á la ceremonia una hora despues de ponerse el sol, cuando el Salvador se sentó á la mesa con sus discípulos. La cena legal, durante la cual debia comerse el cordero, se hizo con todos los ritos acostumbrados; ya sabemos que desde su primera entrada en el mundo Jesús se comprometió solemnemente á observar la ley con la mas literal exactitud, y por esta razon se dirigió á los Apóstoles y les dijo: Tenia un extremo deseo de comer esta Pascua con vosotros antes de padecer, porque os digo que no la comeré ya hasta que tenga su cumplimiento en el reino de Dios. Daba á entender que las figuras iban á cesar, y que la manducacion del cordero, mandada por Moisés, seria sustituida pronto por la del verdadero Cordero de Dios, inmolado por la salvacion del mundo.

El Salvador tomó en seguida un cáliz de vino, dió gracias á su Padre, y presentándolo á sus discípulos, les dijo: Tomadle y bebed todos; porque os digo que no beberé mas con vosotros del fruto de la vid hasta que venga el reino de Dios. Esto no era mas que la comida del cordero pascual, y el vino de que habla aquí el Señor no era el que cambió en su sangre.

Acercábase el momento de obrar este gran milagro: la presencia del pérfido que debia entregarle á sus enemigos conmovió entonces sensiblemente al divino Redentor. Dirigió sus ojos contristados á sus Apóstoles, y habló de este modo: En verdad, en verdad os digo que

uno de vosotros me venderá. Al oír estas palabras los Apóstoles le preguntaron uno tras otro consternados: Señor, ¿soy yo? El Salvador no quiso nombrar al culpable, y se limitó á responder: El que debe entregarme está ahora en la mesa conmigo, y pone la mano en el mismo plato. El Hijo del Hombre se va, como lo anuncian las Escrituras; pero ¡ay de aquel hombre por quien será entregado el Hijo del Hombre! Mas le valiera no haber nacido.

Las palabras del Salvador aumentaron el temor y la inquietud, y los Apóstoles le preguntaron quién era el que debia cometer semejante crimen. Judas sostuvo descaradamente esta prueba, y hasta se atrevió á inclinarse hácia el Salvador y preguntarle en voz baja: Maestro, ¿soy yo? Tú lo has dicho, respondió Jesús; pero nadie lo oyó.

Lo mas lastimoso era que los once discípulos, exentos de infidelidad, no lo estaban de ambicion. Acababan de oír decir al Salvador que pronto iba á establecerse el reino de Dios, y creyendo que no tardaria en sentarse su Maestro en el trono, empezaron á disputar en su presencia para saber quiénes serian los que entre ellos ocuparían los primeros puestos en el nuevo imperio. El Salvador no se indignó de su flaqueza, pues sabia que pronto serian enteramente purificados por el fuego divino que consumiria en sus corazones hasta las raíces de las pretensiones humanas; pero antes que se lo alcanzase en la cruz y les enviase el espíritu evangélico, los trató como niños á quienes se da con tiempo útiles lecciones y saludables consejos.

Los reyes de las naciones, les dijo, las mandan como soberanos, y toman el nombre de bienhechores y títulos pomposos. No hagais vosotros lo mismo; el que sea el mayor entre vosotros pórtese como si fuera el menor; el que ocupe el primer puesto conviértase como en servidor de los demás, y no sea el primero de todos sino para precaver ó aliviar todas las necesidades.

Tal es la admirable nocion del poder que nos da el divino Reparador, nocion que destruye el despotismo y la esclavitud, y es el manantial de todos los sacrificios heroicos con que brilla la historia de los pueblos cristianos. Porque, os pregunto yo, continuó el Hijo de Dios, ¿quién es mayor y el mas distinguido, el que está sentado á la mesa, ó el que sirve en ella? Es sin duda el que se sienta para ser servido. Y, sin embargo, siendo yo vuestro Señor y Maestro, ¿no soy entre vosotros como el que sirve?

Después de esta lección de humildad, el Salvador les habló de las grandezas divinas que gozarían en el cielo; grandezas dignas únicamente de nuestra ambición, pero las cuales se alcanzan tan solo con la modestia y la humillación. Estas eran las celestiales máximas que nuestro Señor quería grabar de un modo indeleble en el ánimo de sus Apóstoles y de sus hijos.

Para que la impresión fuera mas profunda, unió á la energía de sus palabras la fuerza mas superior aun de un grande ejemplo. Cuando iba á terminar la cena, el Salvador se levantó de pronto de la mesa, se quitó el manto, y tomó una toalla que habia colgada delante de él. Arrojó agua en un lebrillo y comenzó á lavar los pies de sus discípulos, y los enjugó con la toalla con que estaba ceñido. ¡El Hijo de Dios á los pies de sus discípulos! á los pies de Judas! ¡Qué ejemplo de humildad!

Vino, pues, á Simon Pedro; pero, confundido éste al ver tanta humillación, le dijo: ¡Cómo, Señor, Vos me laváis á mí los pies! Jesús le respondió: Lo que yo hago, tú no lo sabes ahora, mas lo sabrás después. No me lavaréis los pies jamás, le dijo Pedro. Si no te lavare, le respondió el Salvador, no tendrás parte conmigo; es decir, estarás eternamente separado de mí, porque habrás desobedecido á mi mandato. ¡Ah! Señor, respondió el ferviente Apóstol poseído del deseo de estar siempre con su buen Maestro, lavadme no solamente los pies, mas las manos tambien y la cabeza. Jesús le dijo: El que está lavado, no necesita sino lavar los pies, pues está todo limpio. Y vosotros tambien estais limpios, pero no todos. Bien sabia él quién debía entregarle, y por eso dijo: No todos estais limpios.

Estas palabras: *El que está lavado, no necesita sino lavar los pies*, eran una lección que daba el Salvador á sus Apóstoles de una pureza mas perfecta que la exención de los mas impuros pecados. Al prepararse á recibir la Eucaristía es especialmente cuando no se pueden omitir esas insignificantes manchas que se contraen en el uso de la vida humana, y que están significadas por el lavatorio de pies.

Cuando se terminó la ceremonia, el Salvador dejó la toalla, volvió á tomar su manto, y sentándose otra vez á la mesa con sus discípulos, les dijo: Ya veis lo que acabo de hacer con vosotros. Al hablarme me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy; pero si yo, vuestro Maestro y Señor, os he lavado los pies, vosotros tambien debéis lavaroslos los unos á los otros, porque yo os he dado ejem-

plo para que hagais tambien lo que he hecho con vosotros. En verdad, en verdad os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado mayor que el que le envia. Si llegais á entender esto, bienaventurados seréis si lo hiciéreis. Para suavizar la práctica de esta humildad, añadió que lejos de envilecerse á los ojos de los hombres al humillarse los unos ante los otros, la honra que adquiririan siendo sus Apóstoles haria que los respetasen tanto como á él mismo. En verdad, en verdad os digo que el que reciba al que yo enviare, á mí me recibe, y quien me recibe á mí, recibe á Aquel que me envió.

Estas divinas lecciones de una humildad profunda, de una pureza perfecta de corazón y de una respetuosa caridad hácia el prójimo, disponian admirablemente á los Apóstoles para el banquete celestial que queria establecer el Salvador. Iba á dejarnos en el Sacramento de su cuerpo y de su sangre el mayor de sus dones, y hacer que sucediera á los antiguos sacrificios el sacrificio único y perfecto que debia reemplazarlos y sobrepujarlos á todos.

Era de noche; y aquella noche funesta á la vida del Hombre-Dios, y aquella misma hora y momento en que se apresuraban á entregarle á sus enemigos, la honró él con la institución de su Sacramento. En el exceso de su amor quiso que aquella noche fuese mas ventajosa al mundo que el mas hermoso de sus dias. Hé aquí cómo se verificó:

Duraba aun la cena cuando el Salvador tomó pan, tal como se comia aquel dia, ázimo ó sin levadura, y teniéndolo entre sus manos adorables, dió á Dios su Padre respetuosas acciones de gracias por el poder que le habia concedido sobre toda la naturaleza de cambiar sus leyes á su antojo, poder del cual no hubiese necesitado para dejar á su Iglesia símbolos vacíos de realidad. Bendijo aquel pan, lo hizo pedazos, y lo dió á sus discípulos diciendo: Tomad y comed: este es mi cuerpo, este cuerpo que va á ser entregado para vosotros á la muerte. ¡Palabras adorables, palabras omnipotentes, en virtud de las cuales solo quedó del pan la apariencia, y su propio cuerpo puesto en su lugar pasó á las manos de sus discípulos para que ellos lo comieran! Decir y hacer es para Dios una misma cosa, porque aquel que todo lo puede, hace lo que quiere hablando; por eso en el principio del mundo apenas Dios pronunció estas palabras: *Hágase la luz*, la luz fué hecha.

Hasta entonces se habian ofrecido á Dios víctimas insuficientes y

hostias simbólicas, pero en lo sucesivo será la víctima y se sacrificará el cuerpo del Salvador, porque este nuevo sacrificio durará tanto como el mundo. Por eso el Salvador se apresuró á comunicar á sus Apóstoles, y en su persona á todos los sacerdotes, el poder de obrar el prodigio que él mismo acababa de hacer. Siempre que inmoles esta hostia, les dijo, en virtud del poder que os confiero, lo haréis en memoria mia; os acordaréis de la muerte que voy á sufrir por amor á vosotros.

Lo que Jesús acababa de hacer para cambiar el pan en su cuerpo, lo hizo para convertir la sustancia del vino en la de su sangre. Tomó un cáliz, dió gracias, lo bendijo, y lo presentó á sus Apóstoles, diciendo: Bebed de este todos, porque esta es mi sangre del Nuevo Testamento que será derramada por muchos para remision de los pecados. Lo que me veis hacer, añadió el Salvador, lo haréis en memoria mia, es decir, lo haréis como yo, haréis lo que yo hago. Tal es la grandeza de su amor, que nos deja para siempre su carne para comer y su sangre para beber. ¡Magnífica herencia de un Dios moribundo! Él nos lega á todos por medio de testamento su cuerpo y su sangre, para que todos seamos otros idénticos á él, otros Jesucristos.

Segun la opinion mas admitida, Judas comulgó como los otros. Tan negro crimen excitó en el alma del divino Maestro una emocion que dejó que se manifestase en su exterior. En verdad, en verdad, dijo á sus discípulos, que uno de vosotros me ha de entregar. Al oír los Apóstoles estas palabras se miraron nuevamente y se interrogaron con los ojos para saber de quién queria hablar. Pedro no pudo soportar tan cruel incertidumbre; ya se sabe hasta qué punto amaba á su Maestro, pero no se atrevió á interrogarle, é hizo señal á Juan, el discípulo amado, que estaba sentado al lado del Salvador, para que le preguntase de quién queria hablar. Juan lo entendió, é inclinándose sobre el seno del Salvador, le dijo en voz baja: ¿Quién es ese, Señor? Jesús respondió: Aquel á quien voy á presentar pan mojado; y mojado el pan, se lo dió á Judas Iscariotes, hijo de Simon.

El demonio entró en el alma del pérfido con aquel bocado fatal. Judas obró como quien era, y con aquello puso el colmo á su desgracia: á no haber sido el mas impudente de todos los malvados, no hubiese sido un impenitente sin remedio. Sin embargo, el Salvador le dijo: Haz cuanto antes lo que tienes resuelto hacer; declarándole

con esta animosa expresion, que leia en el fondo de su corazon sus negras maquinaciones, y que por otra parte no temia al traidor ni la traicion. Judas fué insensible á esta última advertencia, y salió sin que ninguno de los discípulos sospechase á dónde iba. ¡Ah! ¿á dónde podia ir un sacrilego, un traidor, un avaro? Fué tranquilamente á dar la última mano á su espantoso crimen, á hacer los preparativos, y á asegurarse de todos los medios propios para llevarlo á cabo.

Luego que salió Judas, el Salvador dió libre curso á las tiernas efusiones de su caridad, y dirigió á sus Apóstoles aquel admirable discurso en que su hermosa alma se pinta completamente, y en que se siente realmente el amor inmenso de un Dios; discurso que debe considerarse como su testamento de muerte, su adios supremo y el resúmen de su postrera voluntad. Empieza hablando de su Pasion con transportes de alegría, no mirando este momento sino bajo el aspecto de la gloria infinita que iba á acarrear á su Padre y á sí mismo. Ahora, dijo, es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios va á ser glorificado en él. Hijitos míos, solo me restan algunas horas para permanecer con vosotros, pues no podeis venir á donde yo voy. Amaos unos á otros: todo el mundo conocerá que sois mis discípulos, si os amais unos á otros.

Pedro oyó con amargura hablar de separacion y de partida á su querido Maestro. Señor, ¿á dónde vais? le dijo. El Salvador le respondió: No me puedes seguir ahora á donde voy, pero me seguirás algun dia. Pedro le dijo: ¿Por qué, Señor, no os puedo seguir ahora? Estoy pronto á morir por Vos. Jesús le respondió: ¡Estás pronto á morir por mí! En verdad, en verdad te digo que no cantaré dos veces hoy el gallo sin que me hayas negado tres veces.

Pedro hubiera debido morir de dolor; pero consideró sin duda las palabras de su Maestro como una amenaza de precaucion hecha con el designio de que estuviera prevenido, y no por eso dejó de confiar en su pretendida intrepidez. El Salvador lo habia previsto bastante, y continuó su discurso dejando que siguiese ensalzando su celo. Dijo á sus discípulos que no temieran, que iba á prepararles lugares en el reino de su Padre, y vendria á buscarles; que entre tanto les concederia todo lo que le pidieran; que les enviara el Espíritu Santo para consolarles de su ausencia, y que no les dejaria huérfanos. Les recomendó especialmente que siguieran estrechamente unidos á él, y se amasen tiernamente unos á otros; les anunció que el mundo les

perseguiría, pero les dijo que nada temieran, pues un día se trocaría en regocijo su tristeza, y sus persecuciones en coronas inmortales. No temais, añadió otra vez, yo he vencido al mundo.

Al decir estas palabras el Salvador eleva sus ojos al cielo: va á hablar á Dios por sus discípulos y por nosotros; son los últimos votos de un padre y de un amigo. Imposible es figurarse nada mas bello, mas sublime y al mismo tiempo mas patético; entra en una especie de éxtasis, todo respira en su exterior el respeto, la confianza y el amor, y dirigiéndose á su Padre, testigo de su sumision y remunerador de sus méritos, pide por sí que todas las naciones le reconozcan como á su Salvador.

Padre mio, dijo, ha llegado la hora; glorificad á vuestro Hijo, para que él os glorifique; habeis puesto á todos los hombres bajo su poder para que dé la vida eterna á todo lo que le disteis. Y esta es la vida eterna: que os conozcan á Vos solo Dios verdadero y á Jesucristo á quien enviásteis. Yo os he glorificado sobre la tierra, y he acabado la obra que me disteis á hacer; glorificadme, pues, ahora, Padre mio.

Despues de haber orado por sí mismo, el Salvador ora por sus Apóstoles, y pide para ellos la caridad y la santidad. He manifestado vuestra gloria á estos discípulos que me disteis al separarles del mundo; ellos creyeron en vuestra palabra, y me han permanecido fieles. Yo dejo el mundo, mas ellos quedan en él. Padre santo, conservad á causa de vuestro nombre á los que me disteis, para que sean una cosa como tambien nosotros. Mientras que yo estaba con ellos los conservaba, mas ahora voy á Vos. Yo no os ruego que los quiteis del mundo, sino que los guardéis del mal. Santificadlos con vuestra verdad.

El Salvador no se ciñe á esto, y su cariño no olvida á ninguno de sus hijos. Despues de haber orado por sus Apóstoles, ruega por nosotros, pidiendo la caridad y el cielo, fin de todos sus trabajos y de todos sus padecimientos. Mas no ruego tan solamente por ellos, sino tambien por los que han de creer en mí por medio de su predicacion, para que todos sean una misma cosa, así como Vos, Padre mio, sois en mí y yo en Vos. Padre, deseo que aquellos que me disteis estén conmigo en donde yo esté, para que sean testigos de la gloria que me pertenece y que he recibido de Vos, porque me habeis amado antes del establecimiento del mundo. Padre justo, el mundo no os ha conocido; mas yo os he conocido, y éstos han co-

nocido que Vos me enviásteis. Y les hice conocer vuestro nombre, y se lo haré conocer, para que el amor con que me habeis amado esté en ellos y yo en ellos.

Despues de esta divina despedida, el Salvador, que no tenia que hacer en este mundo mas que padecer y morir, recita la accion de gracias con que los hijos de Israel acostumbraban terminar su comida. Salió de la sala, pasó el torrente de Cedron y se fué á orar al monte de los Olivos, donde Dios su Padre esperaba las primicias de su sacrificio. Sus discípulos le siguieron, y allí le encontraron sus enemigos.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos enviado un Salvador que nos ha dado tan grandes ejemplos de humildad y caridad; hacednos la merced de que los imitemos.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero prepararme con el mayor esmero para la Comunión.